

Aun en esta situación hicieronse nuevas tentativas, por medio de negociaciones de paz que se entablaron por mediación del rey Federico I de Prusia, para apartar al elector Maximiliano Manuel de la alianza con Francia, tentativas que de haber surtido efecto habrían evitado al príncipe bávaro infinitas calamidades; pero fracasaron porque Luis XIV redobló sus esfuerzos para retener cada vez más firmemente al indeciso aliado, haciéndole brillantes promesas para el porvenir y proporcionándole fuerte auxilio á toda prisa, á cuyo efecto el mariscal Tallard recibió orden de marchar inmediatamente desde el Rin con 25.000 hombres hácia Suabia y Baviera.

De modo que la batalla del Schellenberg, en vez de traer como consecuencia la paz, fué causa de nuevas luchas que al fin habían de motivar un gran acontecimiento decisivo.

Por ambas partes procedióse entonces á una concentración de fuerzas: el mariscal Tallard atravesó otra vez la Selva Negra y en los primeros días de agosto, sin haber hallado obstáculo alguno, se reunió con Maximiliano Manuel, el cual rompió entonces formalmente todas sus negociaciones de paz. El príncipe Eugenio, como antes el margrave de Baden, no había podido detener en el Rin al mariscal francés, pero le siguió de cerca para tomar parte en las acciones que se verificaran, llegando con sus 15.000 hombres al teatro de la guerra casi al mismo tiempo que Tallard. El fué quien principalmente instó para que se tomara una iniciativa enérgica y con él estuvo de acuerdo Marlborough, mientras que el margrave de Baden, cuyas relaciones con el general inglés habían sido siempre muy tirantes, aconsejaba que se hiciera la guerra á la *Hussara* y recomendaba que ante todo se pusiera sitio á la plaza fuerte bávara de Ingolstadt. Por fin se convino en que el margrave con 20.000 hombres acometiera esta última empresa, en tanto que Marlborough y Eugenio, satisfechos porque de este modo se desembrazaban de la enervante suspicacia del caprichoso y siempre descontento badense, se reservaron para sí la lucha contra el ejército franco-bávaro.

En el otro campo, donde se encontraban Tallard, Marsin y Maximiliano Manuel, prevalecieron también la confianza y el afán de lucha. El elector, que después de haberse reunido con Tallard se creía seguro de la victoria, aconsejaba con insistencia el ataque, y en los primeros días de agosto el ejército unido salió de Augsburgo y emprendió la marcha por el Danubio en dirección á Hochstadt, donde el año anterior había derrotado y dispersado al cuerpo de Styrum y donde tenía entonces su cuartel general el príncipe Eugenio. Los dos ejércitos, de fuerzas casi iguales, encontráronse frente á frente el día 12 dispuestos á la batalla decisiva: disponían los franceses de 56.000 hombres y 90 cañones, y Eugenio y Marlborough de 52 á 54.000 soldados y 66 piezas de artillería. En el ejército de estos últimos había alemanes, ingleses, holandeses y tropas auxiliares danesas: de los contingentes alemanes el más numeroso era el prusiano que mandaba el príncipe Leopoldo de Dessau, el caudillo que en la batalla de Hochstadt, librada el año anterior, había sido la admiración del enemigo por su inquebrantable disciplina en la situación más difícil, y que á la sazón había de contraer nuevos y brillantes méritos.

En 13 de agosto de 1704 trabóse la batalla de Hochstadt, llamada por los ingleses de Blindheim por haberse dado cerca de la aldea de este nombre, batalla que fué la más sangrienta y más trascendental de cuantas se habían librado desde el comienzo de la guerra (1). El orden de batalla estaba dis-

(1) Cuanto sobre esta batalla se ha escrito lo enumera Noorden en su obra, tomo I, pág. 555.

puesto de tal manera que Marlborough tenía enfrente al mariscal Tallard y el príncipe Eugenio al elector Maximiliano Manuel y al mariscal Marsin. A primera hora de la mañana púsose en movimiento el ejército mientras la artillería hacía un fuego terrible, y á la una de la tarde comenzaron los aliados la batalla propiamente dicha atacando la posición de los franceses y bávaros que se extendía desde el Danubio por las aldeas de Blindheim y Oberglanheim hasta la falda de una serie de colinas que en este último punto descendía hácia aquel río. La lucha no parecía, en las primeras horas, muy favorable á los aliados; los repetidos asaltos dirigidos por Marlborough contra aquellas aldeas fueron rechazados con grandes pérdidas por los franceses, y en la otra ala tampoco logró el príncipe Eugenio arrollar las posiciones que el elector Maximiliano Manuel defendía con admirable habilidad y extraordinaria bravura personal. En esta operación distinguieronse notablemente por su valor y serenidad los once batallones de infantería prusiana mandados por Leopoldo de Dessau, los cuales se apoderaron de una batería enemiga, la perdieron luego á consecuencia de un ataque de flanco de la caballería bávara y avanzaron de nuevo, siempre dirigidos por su joven é imperturbable general, bien que en definitiva no pudieron conquistar terreno alguno.

A las cuatro de la tarde, la batalla presentaba muy mal aspecto para los aliados, los cuales habían sufrido considerables pérdidas sin conseguir, en cambio, ninguna ventaja: una parte de las tropas estaba completamente desalentada y el peligro podía hacerse inminente si los franceses dejaban la defensiva en que hasta entonces se habían mantenido y emprendían un ataque general. En aquel momento crítico Marlborough hizo cambiar por completo el sesgo del combate, adoptando rápidamente una resolución verdaderamente genial.

Hasta entonces el general inglés había dirigido su principal ataque contra la aldea de Blindheim situada junto al Danubio enfrente de su ala izquierda, cerca y dentro de la cual había reunido Tallard el grueso de su infantería compuesto de veintisiete batallones. Comprendiendo Marlborough que era imposible tomar por asalto aquella posición y que en cambio el punto débil del enemigo estaba en el centro de las posiciones de Tallard formado principalmente por fuerzas de caballería francesa, en lo más recio del combate operó un cambio en su línea de ataque, dirigió contra Blindheim solo ataques simulados y reunió todas sus tropas delante del centro enemigo para atacarle en masa, haciendo marchar en primer término la caballería y detrás numerosa infantería que en caso de flaquear aquella la protegiera dándole tiempo á reunirse para cargar de nuevo. A las seis de la tarde quedaba realizada la nueva formación y en seguida procedióse al acto decisivo de la batalla, que fué un combate de caballería en el que lucharon 150 escuadrones de una y otra parte. Marlborough con toda su caballería dió tres violentos ataques contra el centro francés; los dos primeros fueron rechazados, pero inmediatamente entró en acción la infantería que operaba en segundo término, obligando á la caballería enemiga á retirarse á sus posiciones. La tercera carga, la más terrible, de Marlborough fué decisiva: el enemigo no pudo resistir más y el centro francés fué puesto en dispersión, emprendiendo los escuadrones de Tallard desordenada fuga en todas direcciones. Esta derrota del centro alcanzó á una parte del cuerpo de Marsin, que también se dispersó y emprendió la huida, y entonces el príncipe Eugenio pudo en su ala lanzarse impunemente contra el elector de Baviera, el cual se retiró en perfecto orden y luchando siempre hácia Hochstadt.

En aquel momento se produjo el triunfo más brillante de la batalla: el centro y el ala izquierda del ejército bávaro ha-

bían sido arrojados de sus posiciones y vístose obligados á retirarse, pero en el extremo del ala derecha de la línea de combate de los franceses, en la aldea de Blindheim, encontrábase todavía el grueso de la infantería francesa. El general Cleramboult, que la mandaba, quizás hubiera podido con un oportuno avance evitar la derrota del centro de Tallard; pero como no tenía órdenes para ello, nada hizo: Tallard, al verse obligado á retirarse, envióle la orden de que evacuara inmediatamente la aldea y se uniera á él, pero el portador de aquella orden fué hecho prisionero en el camino y Cleramboult no se movió de su sitio. Por último, el mariscal en persona se dirigió á Blindheim para sacar de allí á su infantería que era lo único que le quedaba incólume; pero mientras se encaminaba á la aldea y á consecuencia probablemente de su gran miopía, tropezó con un destacamento de caballería enemiga que se apoderó de él. Blindheim era, pues, un puesto perdido: cercado por todas partes por numerosas fuerzas de los aliados é incendiado á poco, cuantas tentativas hicieron los franceses para abrirse paso no dieron resultado alguno. El general Cleramboult se ahogó en el Danubio intentando hallar su salvación por aquel lado, y el conde Blansac, que al morir aquel se encargó del mando, no quiso rendirse hasta que Marlborough le hizo conducir á las afueras de la aldea, y una vez allí le convenció de que estaba cercado por cuarenta batallones dispuestos á dar el asalto y de que toda resistencia no haría más que causar un derramamiento de sangre inútil. A las ocho de la noche firmóse la capitulación en virtud de la cual el resto de la infantería francesa, compuesto de unos 9.000 hombres, depuso las armas y se entregó prisionero de guerra.

Así terminó el grande y sangriento drama: aquella batalla fué una de las más reñidas que hasta entonces se habían visto. Los vencedores tuvieron 12.000 muertos y heridos y las bajas de los franceses y bávaros se calcularon en 14.000, con más 13.000 prisioneros, entre ellos el general enemigo, mariscal Tallard. La historia de la guerra no registraba ningún hecho parecido á la rendición de los 9.000 franceses de Blindheim. Fué aquella la primera gran derrota de Luis XIV, causada no por fuerzas superiores, sino casi iguales; con ella sufrió el primer golpe la fe que hasta entonces se había tenido en la invencibilidad de los ejércitos y mariscales franceses, y todas las clases del pueblo francés consideraron tan inaudito desastre como una calamidad nacional, con la particularidad de que á propósito de la batalla de Hochstadt no se publicaron las sátiras de costumbre con que la gracia parisiense solía castigar á los generales desdichados.

Los dos generales vencedores, Marlborough y el príncipe Eugenio, sinceramente admiradores uno de otro, no se disputaron, ¡cosa rara!, las palmas de la victoria conseguida (1). La gloria de la acción decisiva correspondía indudablemente á Marlborough; pero hay que tener en cuenta que las tropas por él mandadas eran casi dos veces superiores en número á las de que disponía el príncipe Eugenio en la otra ala y que su triunfo sobre el centro francés fué eficazmente apoyado por la inquebrantable resistencia que Eugenio opuso por su parte á las fuerzas superiores de Marsin y Maximiliano Manuel. Casi todos los contingentes del ejército aliado, alemanes, holandeses, ingleses y dinamarqueses, cumplieron de un modo admirable su deber: solo la caballería imperial dejó en aquella ocasión poco satisfecho al príncipe Eugenio que la mandaba. De las tropas imperiales alemanas merecieron especiales alabanzas de sus generales la infantería prusiana á las órdenes de Leopoldo de Dessau

(1) Véase Arneht: *El príncipe Eugenio*, tomo I, pág. 272.

y los contingentes auxiliares de Hannover y Celle (13 batallones y 25 escuadrones) (2).

Las consecuencias militares y políticas de esta batalla fueron bajo todos conceptos trascendentales. El ejército derrotado, al cual sus vencedores apenas persiguieron, siguiendo el sistema guerrero de aquel tiempo, dirigióse apresuradamente hácia el Rin, atravesando este río á principios de setiembre: el elector Maximiliano Manuel se encaminó á Bruselas; el gobierno que en nombre de España ejercía en los Países Bajos era la única soberanía que le quedaba (3).

De un solo golpe, toda Alemania se veía libre de los franceses y de sus aliados. Antes de finalizar el año, Marlborough se apoderó de Tréveris y de Trarbach en el Mosela, y Landau hubo de capitular, después de dos meses de sitio, volviendo por segunda vez á poder del emperador: todas las ciudades imperiales conquistadas por Maximiliano Manuel, como Ulm, Augsburgo, Ratisbona, y la plaza fronteriza de Passau, fueron ocupadas sin gran resistencia por los imperiales.

El anciano emperador Leopoldo vióse en las postrimerías de su vida en una posición brillantísima: él, que poco tiempo hacia estaba amenazado de una invasión de franceses y bávaros en sus territorios hereditarios austriacos, encontrábase á la sazón vencedor en los dominios del príncipe bávaro que había abandonado la causa del Imperio. El electorado, cuya administración confiara Maximiliano Manuel á su esposa, fué ocupado por comisarios austriacos que lo administraron y explotaron según la bárbara costumbre de la guerra en aquel tiempo. Inmediatamente corrió la voz de que Viena trataba de decretar la proscripción imperial contra los dos Wittelsbach de Baviera y de Colonia y de apoderarse para la casa de Austria del electorado bávaro como feudo caducado del Imperio: el rey de Romanos, José, que tenía odio implacable al elector Maximiliano Manuel, era el que más francamente se mostraba partidario de la anexión de Baviera. Entonces comenzaron los Estados del Imperio á temer que la victoria del emperador sobre los franceses pudiera convertirse fácilmente en triunfo del Imperio de los Habsburgos sobre la libertad de los príncipes imperiales alemanes.

Pero en la corte de Viena no hacían el menor caso de todo esto. La insurrección de Hungría, que tan gran incremento había tomado durante el año 1704, había perdido una parte de su gravedad después de la victoria de Hochstadt, y por otro lado el emperador sentíase más seguro que nunca de la Gran Alianza y de la adhesión de las potencias marítimas. El brillante triunfo conseguido en el Danubio

(2) Los párrafos de las cartas que hacen referencia á las tropas prusianas y al príncipe Leopoldo han sido coleccionados por Stenzel en la *Historia del Estado prusiano*, tomo III, pág. 132: en ellos se manifiesta, prescindiendo de la cortesía de fórmula, la profunda impresión que lo excelente de estas tropas y de su jefe produjo en el príncipe Eugenio y en Marlborough. Véase también Ranke, pág. 475. Pero tampoco hay que exagerar como hace Droysen (tomo IV, pág. 286), el cual en las pocas líneas que dedica á la batalla coloca al príncipe Leopoldo á la misma altura que al vencedor de Hochstadt, cosa que solo puede sostener quien desconozca por completo el curso de la batalla. En la obra de Murray, *Cartas y despachos de Marlborough*, tomo I, pág. 403, encontramos puestas en boca del general inglés iguales elogios para las tropas de Brunswick.

(3) Inmediatamente después de la batalla de Hochstadt, hizo Maximiliano Manuel una nueva tentativa para entrar en negociaciones de paz con el emperador, con el solo propósito probablemente de ganar tiempo para que su ejército efectuara la retirada; pero Luis XIV seguía considerando preciosa la alianza del Elector y por ello le ofreció tanto y más de lo que le podía ofrecer la corte imperial. Sobre esto véanse los detalles en Heigel: *Fuentes y disertaciones*, pág. 207.

despertó nuevos sentimientos de orgullo bélico en Holanda y en Inglaterra: Marlborough fué agasajado como héroe nacional de ambas naciones y el emperador Leopoldo trató de identificarle con Alemania nombrando al lord inglés príncipe del Imperio germánico y regalándole como principado el señorío bávaro de Mindelheim que estaba situado en Sajonia (1).

En Londres y en el Haya triunfaba el partido de la guerra interesado en que el poder del aliado emperador se fortaleciera lo mas posible. Por mediación de Marlborough firmóse en 7 de noviembre de 1704, entre el gobierno austriaco y la esposa de Maximiliano Manuel que se había quedado en Munich, el tratado de Ilbesheim (en Landau), en virtud del cual la electora, instituida regente por su esposo, se obligaba hasta tanto que se firmase «la paz universal, que era de esperar seria en breve,» á entregar todas las plazas fuertes del territorio ocupadas todavía por fuerzas bávaras, á licenciar todas las tropas, á entregar todo el material de guerra y á demoler todas las fortificaciones de Munich, á cambio de lo cual solo se le dejaba para mantener su casa la recaudación de la capital bávara con sus rentas. Por este convenio, toda Baviera excepto la capital era de hecho entregada indefensa al emperador, y cuando pocos meses después la electora María Teresa salió de Munich, marchó á Italia á visitar á su madre, la reina viuda de Polonia, y se inició el levantamiento de los campesinos que hizo necesaria la adopción de nuevas medidas de seguridad por parte de las autoridades imperiales, el general Gronsfeld ocupó de improviso también la ciudad de Munich (16 de mayo de 1705).

Quiso luego la electora volver allí, pero los austriacos le negaron el permiso para ello. En cuanto á los jóvenes príncipes bávaros rodeóseles de una corte y dióseles una educación conforme á su categoría: un año después (mayo de 1706), el príncipe electoral, Carlos Alberto, y sus tres hermanos mayores fueron conducidos á Klagenfurt y luego á Graz, donde permanecieron prisioneros hasta 1715, siendo educados según á su elevada clase correspondía (2).

Así estaban las cosas cuando en 5 de mayo de 1705 falleció á la edad de sesenta y cinco años el emperador Leopoldo I.

Este soberano, que por espacio de cerca de medio siglo rigió los destinos del Imperio y de la monarquía austriaca, fué un príncipe de mediano talento, con frecuencia estimado en menos de lo que realmente valía, y de un carácter á todas luces noble; pedante y escrupuloso, tardó en tomar una resolución y sometido á favoritos no siempre bien elegidos y sobre todo á sus consejeros espirituales. En algunas ocasiones, su índole tenaz, perseverante, pasiva, recuerda la de su antecesor, el emperador Federico III. Su personalidad no ofrece verdadera grandeza histórica, pero colocado ante grandes alternativas por el destino, como acontece á todos los que han tenido una existencia larga y accidentada, se mostró capaz de importantes decisiones. Fué siempre fiel á sí mismo y á su estrella, y la suerte le favoreció á menudo de un modo inesperado. Murió dejando á su sucesor como herencia grandes éxitos y esperanzas aun mayores.

(1) Este efímero principado imperial de Mindelheim quedó borrado en 1714, por virtud de la paz de Rastatt, del número de «Estados» y nuevamente unido á Baviera. El nombre de Marlborough fué muy popular en Alemania durante largo tiempo, como lo prueba, entre otras cosas, lo que dice Schulte en su obra *El margrave Luis Guillermo*, tomo I, página 554: «No hace todavía cincuenta años que en las bodas de los campesinos westfalianos, cuando la gente se entusiasmaba, pedía que se bailase el *Marlborough*.»

(2) Heigel: *Fuentes y disertaciones*, pág. 169. N. F., pág. 205.

CAPITULO IV

EL EMPERADOR JOSÉ I Y LA GUERRA DE SUCESION ESPAÑOLA

Ocupó el sólo de la monarquía austriaca y del Imperio alemán un príncipe joven, en quien hacia muchos años tenían fijas sus miradas con gran espectación sus contemporáneos. Con José I surgió de la dinastía de los Habsburgos alemanes, en la última generación que precedió á su extinción, un personaje que es uno de los más simpáticos en la historia de la antigua familia (3).

Casi bajo todos conceptos fué tan distinto de su padre como en punto á disposiciones naturales y á temperamento lo había sido Maximiliano I del suyo, Federico III. Su hermosa figura diferenciable ya muy ventajosamente del flaco, enteco y feo Leopoldo I: cuerpo robusto y bien proporcionado, estatura regular, cabello rubio tirando á rojo, ojos azules y brillantes, nariz grande, cutis blanco, mejillas sonrosadas y ni la menor huella del labio inferior colgante que caracterizaba á los Habsburgos; tal es la descripción que un embajador veneciano hacia de su físico pocos años antes de ocupar el trono.

A esta semejanza corporal uníase la diferencia psíquica. José I había recibido una educación excelente bajo la dirección de un sabio mayordomo mayor, el príncipe Salm, sin que en ella se hubiese dado participación alguna á los jesuitas que, en todo lo demás, de tanta influencia gozaban en la corte de Leopoldo, y hacia los cuales y sus ambiciosos manejos sintió José desde muy joven marcada antipatía que no le abandonó en toda su vida. Así, habiendo intentado los de la órden poner en duda la ortodoxia de su confesor, sacerdote secular independiente, y obligarle á ir á Roma para responder de los cargos que se le dirigían, el joven príncipe declaró que, si tal sucedía, en pos de su confesor irían á la capital pontificia, y para no volver mas, todos los jesuitas del Estado austriaco (4).

Así había crecido el príncipe: bien educado, alegre, aficionado á los placeres y aun un tanto inclinado á la disipación; era un joven todo fuego, dotado de enérgico temperamento y muy penetrado de la grandeza de su posición y de su misión futura. Nacido en 1678, los años de su juventud habían corrido bajo la impresión del soberbio vuelo que tomaron los destinos de Austria desde la gran guerra turca de 1683; no contaba todavía diez años cuando fué coronado rey de Hungría y tres años después elegido rey de Romanos y futuro emperador (5). Apenas comenzó á fijar su atención en los asuntos políticos, despertóse en él marcada oposición á la dirección que entonces se imprimía en ellos y profunda antipatía hacia los ministros de la vieja escuela que tenían dominado al emperador; en cambio sintió gran admiración y gratitud por el príncipe Eugenio de Saboya, de quien fué decidido partidario. Poco á poco fuéronse agrupando en torno del joven sucesor al trono multitud de elementos partidarios de las reformas y de una política enérgica en el interior y en el exterior, los cuales en los últimos años del emperador Leopoldo ejercieron decisiva influencia en algunas resoluciones importantes, como en la de acometer la guerra de sucesión española y en el cambio ocurrido en el

(3) Biografías de José I de Zschackwitz (1712), Rink (1712), Wagner (1745), Herchenhahn (1786), Schroeckh (*Biografía general*, t. VI, página 251, 1787). Véanse, además, las conocidas obras de Arneth, Noorden y otras.

(4) Esta anécdota es de buen origen aunque algo tardío, pues la refería el emperador José II.

(5) Véase pág. 290.

verano de 1703 que puso al príncipe Eugenio al frente del departamento de la guerra.

El joven rey de Romanos meditaba grandes planes y acariciaba grandes esperanzas para el porvenir, opinando que el Estado austriaco y el Imperio alemán á él unido podían hacer mucho mas de lo que hasta entonces habían hecho. De lo que mas se cuidaba por el momento era de la conservación de todos los derechos hasta el punto de que cuando en 1703 su hermano menor, el archiduque Carlos, fué declarado heredero universal de la monarquía española y emprendió su expedición de conquista á España, insistió José para que se segregase de la sucesión española el ducado de Milan y se otorgase este antiguo feudo imperial al Imperio alemán y al emperador.

Animado de tales ideas, hízose cargo del gobierno aquel joven de veintisiete años, y el completo cambio de personas que realizó en todos los cargos palaciegos y públicos fué desde luego clara prueba de su firmeza de convicciones. Su antiguo ayo, el príncipe Salm, ocupó el puesto mas importante, como en otro tiempo y en situación análoga habíalo ocupado en Prusia Eberhardo de Danckelmann, y formaron el Consejo íntimo del nuevo emperador otros personajes afectos á las nuevas tendencias, como el vicescanciller bohemio, conde Wratislav, el conde Sinzendorf, el conde Schlick, el conde Lamberg, el advenedizo Juan Federico Sailern del Palatinado, hombre de grandísimo talento que del luteranismo se había pasado á la Iglesia calvinista y de esta á la católica, y otros. El príncipe Eugenio disfrutó de la mas absoluta confianza de José I, confianza que no pudieron quebrantar todos los ataques de que sus enemigos hacían objeto al de Saboya.

Inmediatamente se inició una política enérgica y activa en todas las esferas: rapidez y simplificación en los trámites de los asuntos que el príncipe en persona estudiaba; vigorosos trabajos para restablecer la hacienda que tan desquiciada estaba; cuidadosa inspección y fortalecimiento del ejército, tal fué la obra de aquellos hombres de Estado. Muy pronto se sintió en todo el Imperio que en Viena existía un régimen vigoroso.

José I tenía la mas alta idea de la dignidad y de los derechos de su cargo imperial y era bastante joven y bastante impetuoso para creer que también en este punto cabía hacer algunas reformas. Disolver la dieta de Ratisbona que hacia cuarenta años venia funcionando con escasos resultados y convocar otra, fué solución considerada como imposible de llevar á cabo; pero en cambio túvose por tarea que prometía grandes ventajas la de hacer entrar en actividad á los organismos perezosos, y por medio de la autoridad y de un partido imperial bien dirigido hacerles servir á los intereses de la política que el emperador había iniciado en pro del Imperio.

Las disposiciones de este género menudearon durante todo el reinado de José I, sin que pueda decirse que produjeran grandes resultados: lo que en tiempo de paz hubiera podido realizarse para resucitar en el Imperio el régimen imperial por medio de la Dieta era irrealizable en aquellos tiempos de confusión y de guerra y no hacia sino producir desconfianza é indignación en los círculos imperiales. El tono autoritario con que el gobierno imperial se dirigía á la Dieta y á los Estados del Imperio, con que censuraba algunas arbitrariedades tradicionales de aquella y rechazaba sus protestas, aumentaba mas bien las tendencias á la rebelión que á la obediencia. Viena no les tenía acostumbrados á aquel tono y por todo el Imperio circularon extraños rumores acerca de los vastos planes de dominación de aquel joven emperador á quien se atribufan los propósitos mas te-

merarios (1). En especial los severos edictos por medio de los cuales José I reprendió la negligencia, tan arraigada en ellos, de los Estados del Imperio en aportar sus contingentes al ejército imperial y en hacer efectivas sus contribuciones de matrícula amenazando con la ejecución á los que dejaran de cumplir estos deberes, causaron profundo disgusto sin producir el efecto que se deseaba, y lo propio sucedió con la intencionada y sistemática práctica del nuevo gobierno de Viena de aprovecharse de la momentánea cesación de la Cámara imperial, á consecuencia de visitaciones y otras causas, para extender la competencia del Consejo áulico imperial de Viena mucho mas allá de los límites tradicionales.

La corte de Viena al provocar también con Prusia conflictos de esta clase mostraba mayor consecuencia que talento político. El rey Federico I cumplía lealmente, y aun mas allá de aquello á que estaba obligado, los deberes militares que para con el emperador le imponía el tratado de 1700, y por otro lado, una parte considerable del ejército prusiano estaba á sueldo de las potencias marítimas y por tanto coadyuvaba también á la causa de la Gran Alianza. Es muy posible que Prusia estuviera en descubierto como tantos otros Estados del Imperio en punto á su contingente para el ejército imperial, pero aun siendo esto así, no era prudente dirigir por este motivo órdenes altaneras á un aliado indispensable y tratarle en el tono imperativo de emperador.

La Gran Alianza no estaba completamente segura, ni mucho menos, de los contingentes prusianos no estipulados (2). Las complicaciones en el Norte hacíanse cada día mayores y mas peligrosas. Carlos XII había penetrado en Polonia, tomado á Varsovia y dispersado el ejército polaco-sajon en la batalla de Clissow trabada en 19 de julio de 1702, y después hablábase hecho fuerte en Prusia apoderándose de Thorn y de Elbing, amenazando á Dantzig y poniendo enfrente del odiado monarca Augusto II otro rey en la persona de Estanislao Leszczyński, vaivoda de Posén completamente sometido á su voluntad (julio de 1704). Encarnizada era la guerra que se sostenía en los territorios polacos de Lemberg hasta las costas del Báltico y no menos agitadoamente luchaban en aquel teatro de la guerra los proyectos y combinaciones de los diplomáticos. Trazáronse distintos planes de desmembración de Polonia con la particularidad de que los apoyaba Augusto II, el rey polaco legítimo que por elección había sido elevado al trono, y por otro lado oíase hablar de proyectos de división de las provincias suecas entre las potencias septentrionales vecinas. ¡Qué extraño, pues, que en Berlín renacieran antiguos deseos y esperanzas! No faltaban en aquella corte ganas ni pretensiones justificadas y el gobierno de Federico sostuvo en aquellos años múltiples negociaciones para lograr de un modo ú otro una buena parte de botín en el Norte. A este efecto trató de entenderse con Carlos XII, y fracasada esta tentativa sintióse inclinado á ponerse de acuerdo con Augusto II de Polonia á costa de Suecia. En Berlín adquiría cada día mas fuerza el convencimiento de que la política prusiana seguía mal camino poniendo todos sus recursos al servicio del emperador y de la Gran Alianza y contemplando, mientras tanto, en impotente neutralidad como los suecos se afirmaban en la Prusia Occidental y en Polonia y los rusos en Livonia y en la Ingria, y como todas las

(1) Véase el nuevo folleto «Últimos consejos ó testamento político de un ministro del emperador Leopoldo I» que inserta Droysen en su *Historia de la política prusiana*, tomo IV, pág. 249. Ese documento fué escrito, según se dice, en vida del emperador, pero me parece muy dudosa su autenticidad, pudiendo muy bien acontecer con él lo que con la citada memoria de Stralendorf, de 1609.

(2) Véase Noorden: *La política prusiana en la guerra de sucesión española* (Revista histórica, de Sybel, tomo XVIII, pág. 297).